




IV.

MILÁN 9 de Mayo de 1877.

Sr. Director de LA ESPAÑA.

 buen amigo: Hora es de terminar con la famosa *perojada*. Comprendo que he incurrido plenamente en la necedad de contestarla largo y tendido; pero ya no tiene remedio, y lo que conviene es acabar pronto.

En la tercera sección de su artículo habla el señor del Perojo de la filosofía española, y decide *ex cathedra* que no tuvimos *tradición*, y que no hay enlace entre los filósofos. Sobre esto me remito á lo que dije en la carta á V. escrita hace veinte días, y publicada en *La España*. Á continuación llama «erróneas, sin razón ni criterio», á las clasificaciones de filósofos que hacemos Laverde y yo, y propone por su parte otra, con gran satisfacción. Divide, pues, la historia de la filosofía española en tres periodos.

1.º ¡Grupo en que comprendemos (dice) cristianos y paganos: San Isidoro, Séneca y Columela! (!!!)

2.º Arabes y hebreos.

3.º Escolásticos y neo-platónicos.

El desatino del primer miembro de la división salta á la vista. ¿Cómo es posible identificar á cristianos y paganos, cuando está por medio nada menos que el *cristianismo*? Pero lo más original es poner á San Isidoro antes de Séneca, y comprender entre los filósofos á Columela, que escribió únicamente de *agricultura*. Esto de meter el libro *De re rustica* entre los de filosofía, me recuerda el caso de aquel bibliógrafo que puso entre los libros de matemáticas un tratado de *cálculos.... de la vejiga*, ó el de Auberto Mireo, que incluyó entre las obras que tratan de los deberes del cura párroco, el *Pastor Fido* de Guarini. Al menos, estos tuvieron alguna disculpa por el sonsonete de los títulos. ¡Si tendrá bien leído á Columela el señor del Perojo! Y en cambio omite á los verdaderos filósofos de este *periodo*, cuales fueron (prescindiendo de Séneca y San Isidoro) el *gnóstico* Prisciliano, que hizo un *sincretismo* de todas las herejías anteriores, como observa San León el Magno en la epístola donde largamente expone los errores de aquel heresiarca; Prudencio, autor del bello poema filosófico de la *Psicomaquia* y del de la *Hamartigenia*; Liciniano, cuya carta sobre *el alma* puede considerarse como el germen de la psicología escolástica; Prudencio Galindo,

digno de honrosísima memoria por su libro *De la predestinación* contra Escoto Erígena. Estos y otros varios que pueden citarse son verdaderos pensadores, no Columela, escritor elegantísimo de las cosas del campo.

Luego habla de los árabes y de los hebreos, y elogia justamente sus méritos, aunque cometiendo el error imperdonable de afirmar que, *mediante ellos, resució en Europa el pensamiento filosófico*. Pues qué, ¿no habían tenido *pensamiento filosófico*, en bien y en mal, Escoto Erígena y Prudencio, Berengario y Lanfranco, San Anselmo de Cantorbery y Roscellino, Guillermo de Champeaux y Pedro Abelardo, Gilberto de la Porrée y Hugo de San Víctor? ¿Debieron algo á la ciencia árabe? ¿Cuándo nos veremos libres de esa manía de judíos y de moros!

Entre los nombres de filósofos que el señor del Perojo cita (casi todos mal, según su sistema), los hay que no fueron españoles, como Avicena, que fué persa, y *Al Gozel*, que será *Algazel*, el cual real y verdaderamente nació en el Khorasán. En cambio, se le quedó en el tintero nada menos que Avempace. Ni tampoco hace distinción alguna entre árabes y judíos, siendo así que los segundos rayaron mucho más alto que los primeros, como lo pueden demostrar, á falta de otros nombres, Avicebrón, Judá Leví, y Maímónides. De los dos primeros hace también caso omiso. Al terminar este párrafo hay otro descubrimiento estupendo: el referir á los árabes y hebreos «el origen de nuestra mística». ¡Por

amor de Dios! ¿cuándo de las tinieblas ha salido la luz? La mística española, ¿es, por ventura, cosa distinta de la mística cristiana? ¿No son bien sabidos sus orígenes? ¿No tuvo la Iglesia una serie de místicos desde los primeros tiempos? ¿No hay misticismo en San Agustín? ¿No fueron místicos Hugo de San Víctor, Gerson, San Buenaventura? ¿No se amamantaron en las obras atribuidas por error al Areopagita? Nuestra mística sólo difiere de la de la Edad Media en la perfección artística y en un poco de platonismo que entró durante el Renacimiento. ¿Cómo, de sistemas francamente panteístas, cual los de Avicibrón y Maimónides, había de salir una escuela mística *ortodoxa*? Es seguro que nuestros místicos no supieron el nombre de *Rabi Moseh* sino por las referencias de León Hebreo. Fr. Luis de León, el único de ellos que conocía á los rabinos, no presenta vestigio de más influencia semítica que la de la Escritura. Y lo mismo los restantes. En cuanto á los *alumbrados* y *quietistas*, es decir, á los *místicos heterodoxos*, ninguno de ellos sabía árabe ni hebreo, y aunque coinciden en ciertas doctrinas, es coincidencia casual y derivada de leyes generales del pensamiento humano, y de leyes particulares del pensamiento ibérico. Juan de Valdés es *místico* también, y *místico heterodoxo*; pero forma campo aparte. Desciende, por línea recta, de los místicos alemanes, aparte de su originalidad, que es grandísima.

El tercer grupo, el de *escolásticos* y *neo-platóni-*

cos, está horrorosamente formulado, aunque él nos acusa de «confusión horrible» en las clasificaciones que hacemos. ¿Quién le ha dicho al señor del Perojo que son *escolásticos* y *platónicos* todos los filósofos españoles del siglo xvi? ¿Son *escolásticos* ni *neo-platónicos* los «peripatéticos clásicos»? ¿O cree el Sr. Perojo que son una misma gente todos los que en el mundo han invocado el nombre de Aristóteles? Pues medrado está, de veras. Por esta regla, Alejandro de Afrodisia y Averroes, Avempace y Santo Tomás, Pomponazzi y Suárez, Escoto y Núñez, pertenecen á la misma escuela y caben en el mismo saco. Y, en efecto, todos son *peripatéticos*. Pero apurado se ha de ver el Sr. Perojo para conciliar á los que afirman la eternidad del mundo y á los que la niegan; á los que dudan de la inmortalidad del alma y á los que la afirman; á los que defienden el intelecto *único* y á los que le suponen *múltiple, et sic de caeteris*. Hubiera ido el señor del Perojo á uno de aquellos cultos ingenios del Renacimiento, que se llamaban «peripatéticos helenistas», á Melancton, por ejemplo, ó á Gouvea, ó á Juan Ginés de Sepúlveda, ó á Gaspar Cardillo, á decirles que eran *escolásticos*, y buena cara le hubieran puesto. ¿No se le ocurrió siquiera decir, en vez de *escolásticos, peripatéticos*, y salvaba, en apariencia, la dificultad, aunque juntando siempre cosas irreductibles?

Y continuó diciendo: ¿Es *escolástico* ni *neo-platónico* Gómez Pereira? ¿Lo es Francisco Va-

llés en su segunda época, es decir, en la *Philosophía Sacra*? ¿Lo era el Brocense, que llegó hasta á aborrecer el nombre de Aristóteles, sin ser platónico á pesar de eso? ¿Lo son Huarte ni Doña Oliva? ¿Lo es Sánchez el Lusitano? ¿Lo son Pedro de Valencia é Isaac Cardoso, etc., etc.? Porque de esta manera iríamos sacando gente que está fuera de la *clasificación* del señor del Perojo. Precisamente *neo platónicos* decididos no hay más que uno, León Hebreo. Fox Morcillo es en muchas cosas *aristotélico*, y lo mismo Fernando de Córdoba, que le precedió en medio siglo. Los que más participan del *platonismo*, en cierto sentido, son los místicos.

Vamos á ver por qué son erradas nuestras clasificaciones. Niego desde luego que en ellas estén confundidos *horriblemente* partidarios de sistemas distintos. Los dos ó tres errores de *por menor* que hay, no los sabe «ni los puede saber» el señor del Perojo, pero yo los mostraré luego.

Todo el mundo ha venido considerando, por espacio de tres siglos, al *lulismo* como sistema aparte. Ni los lulianos han entrado en otras sectas, ni otras sectas han recibido á los lulianos. El señor del Perojo habla de Lulio sin conocimiento alguno, y creyendo que su sistema se reduce á una combinación de nombres. Si el tiempo que ha gastado en leer librotos alemanes lo hubiera empleado mejor, sabría á qué atenerse en este punto. Si hay en la Edad Media una creación original, completa y coherente en todas sus partes, es la de nuestro mallorquín, hombre de «genio ver-

daderamente divino», como le llamó Giordano Bruno. El *arte cabalística* es lo menos de su filosofía, y sólo á ojos llenos de telarañas puede aparecerles otra cosa. Eso que el señor del Perojo llama «combinación de nombres», es un ingenioso y, en gran parte, nuevo sistema de lógica. ¿Y qué es la *lógica* sino el *método* y la *forma*, es decir, más de media filosofía? Y una escuela que emplea procedimientos lógicos, distintos de los comunes, ¿no está por este sólo hecho bastante separada de las demás? Pues ¿en qué se diferencian *peripatéticos* y *baconianos* sino en la *lógica*? ¿Cree, además, el señor del Perojo que sólo de *lógica* discurrió y escribió Raimundo Lulio? Pues se equivoca grandemente. ¿Qué es lo más alto de la filosofía? La Teodicea, sin duda alguna. Ahora bien: Lulio tiene una Teodicea con ideas atrevidas (á veces demasiado atrevidas) y originalísimas. ¿Quiere saber el señor del Perojo cómo expone el filósofo mallorquín la doctrina de las relaciones entre la fe y la ciencia, punto capital, si hay alguno en filosofía? Pues sin más trabajo que ir al capítulo LXIII del *Ars Magna*, verá que, según el pensador del monte Randa, «la fe está sobre el entendimiento», como el aceite sobre el agua. El hombre » que no es filósofo cree que Dios es: el filósofo » entiende que Dios es. Con esto el entendimiento » sube con la intelección á aquel grado en » que estaba por la creencia. No por esto se des- » truye la fe, sino que sube un grado más; como » si añadiésemos agua en el vaso, subiría sobre

» ella el aceite. El entendimiento alcanza naturalmente muchas cosas. Dios le ayuda con la fe y entiende mucho más. La fe dispone y es preparación para el entendimiento, como la caridad dispone á la voluntad para amar el primer objeto. La fe hace subir el entendimiento á la inteligencia del ser primero. Cuando el entendimiento está en un grado, la fe le dispone para otro, y así de grado en grado hasta llegar á la inteligencia del primer objeto, y reposar en él, identificándose la fe y el entendimiento....

» El entendimiento (dice en otra parte) es semejante á un hombre que sube con dos pies por una escalera. En el primer escalón pone el pie de la fe, y luego el del entendimiento, cuando el pie de la fe está en el segundo, y así va ascendiendo gradualmente. El fin del entendimiento no es creer, sino entender; pero se sirve de la fe como instrumento. La fe es el medio entre el entendimiento y Dios. Cuanto mayor sea la fe, más crecerá el entendimiento. No son contrarios entendimiento y fe, como al andar no es contrario un pie al otro.»

Esta doctrina peligrosa, por no decir «heterodoxa», pero profesada de buena fe por un mártir y bienaventurado; esta doctrina alta, profunda, ingeniosa, pero en la cual se confunden dos órdenes de verdades que están perfectamente distinguidos en la doctrina tomista; esta doctrina de la *fe propedéutica*, ni era la adoptada en el siglo XIII, ni puede negarse que es trascendentalísima, y separa á Raimundo Lulio de todas las

corrientes escolásticas de su tiempo. Y cuenta que no es un pasaje aislado, sino uno de los puntos cardinales de su doctrina, punto que él desarrolla donde quiera con particular fruición, y que es su grande argumento contra los averroístas que distinguían la verdad teológica de la filosófica, aseverando que una cosa podía ser verdadera según la fe, y falsa según la razón. Á este error monstruoso é impío contesta Lulio con la soberana concepción que hemos visto, cayendo, es verdad, en el error opuesto, por no advertir que la identificación de fe y ciencia, en los términos en que él la establece, equivale á la destrucción de la primera. Pero ¿de cuántas escuelas alemanas modernas, de carácter teosófico, no puede descubrirse la filiación en esa doctrina?

Y doctrina es que informa toda la filosofía de Raimundo Lulio, desde la metafísica hasta la moral, y hasta los últimos ramos del *Arbor scientiae*. De ahí su *unidad*, que responde á la «unidad de la ciencia», tal como la concebía Lulio, con dos medios de conocer, que se reducen á uno solo. Esa teoría es el centro adonde convergen todos los radios de la doctrina luliana. «Dios no es parte, es todo», dijo Lulio en París; y estas palabras, bien entendidas, dan la clave de su sistema, fundado sobre «la verdad única», de la cual á veces está á pique de pasar á «la única substancia».

Por lo demás, los pasajes que se refieren á la doctrina antedicha abundan tanto en sus obras,

que, abriendo á la ventura el grueso volumen luliano que llevo en la maleta¹, he tropezado con el texto que traduje, y sé bien que por cualquier tratado que hubiera abierto el libro, me hubiera acontecido otro tanto. Tiene, además, Raimundo Lulio notabilísimas doctrinas «psicológicas, morales y políticas», enlazadas todas con su *metafísica* y con su *lógica*. Si todo esto, y el haber tenido la ciencia luliana cátedras aparte y haber sido considerada como *escuela y sistema* por hombres como Cisneros, Juan de Herrera, Cornelio Agrippa, Giordano Bruno é Ibo Salzinger, no basta para que la demos ese nombre, allá se las haya el señor Perojo. Será en todo caso una disputa de nombres ociosa y ridícula. Es doctrina, y doctrina importante y en partes nueva, la de Lulio; ha tenido hasta el siglo pasado «representación visible y oficial» (digámoslo así) en Mallorca; ha promovido acres polémicas y contado gran número de secuaces, todos los cuales se han honrado con el título de *lulianos*, y esto en toda Europa...., y, sin embargo, no es *escuela*. Venga Dios y véalo.

¿Y dónde está la «horrible confusión» en los que señalamos como discípulos de Lulio? Invalídeme el Sr. Perojo un solo nombre, y veremos. Hay uno, sin embargo, que está fuera de su lugar, aunque él ni lo ha notado ni podido notarlo. Es Fernando de Córdoba. La notabilísima obra de este filósofo, intitulada *De artificio*

¹ Es de la edición de Strasburgo, 1599, con los comentarios de Cornelio Agrippa y Giordano Bruno.

omnis scibilis, que se conserva manuscrita en las bibliotecas del Vaticano y de San Marcos de Venecia, y de la cual poseo copia cotejada con los dos y sacada por estos pulgares, no pertenece á la escuela luliana, antes comienza con una invectiva contra Lulio. Pero cuando hice aquella clasificación, no había examinado yo el manuscrito de Fernando de Córdoba, y para suponerle luliano me dejé llevar, no del título de la obra, sino de los respetables testimonios de Zetzner, Ibo Salzinger y los PP. Tronchón y Torreblanca. Ahora que he visto que se equivocaban, soy el primero en corregir el yerro.

Y luego dice el Sr. Perojo: «Señalan como fundadores de sistemas los Sres. Laverde y Menéndez á Huarte, Suárez, Gómez Pereira, Francisco Sánchez y Fox Morcillo».

¿Dónde ha visto el Sr. Perojo semejante cosa? Exceptuando á Suárez, de los demás, ¿quién ha dicho que sean «fundadores de sistemas»? ¿Cómo se llama en castellano esta manera de discutir, diciendo exactamente lo contrario de la verdad? Ni Laverde en sus *Ensayos críticos* y en la carta que precede á mis *Polémicas*, ni yo en éstas, hemos dicho semejante cosa. Laverde, en los primeros años de su generosa cruzada en pro de nuestra ciencia, cuando no tenía aún los datos que tuvo después, publicó en una *Revista* un artículo en que *interinamente* y no como sistemas, sino como *direcciones* (lo cual no es inexacto), habló de *huartismo* y de *pereirismo*. Pero cuando reprodujo aquel artículo en sus *Ensa-*

vos, impresos el año 67, suprimió ese párrafo, y ni él ha vuelto á decir nada que se parezca, ni yo lo he dicho en todo el curso de esta polémica. El primer artículo de Laverde es poco conocido, y á buen seguro que el Sr. Perojo no sabía lo que acabo de contarle, cuando creó aquellos fantasmas para tener el gusto de combatirlos...., digo, de declarar que insistía en que no son sistemas. ¡Vaya un descubrimiento! ¡Combatir ahora una idea emitida en el año 59, y retirada por su autor antes de que pudiese combatirla nadie!

Por lo que á mí hace, torno á decir que he hablado del *armonismo* de Fox Morcillo y no de su escuela, porque no tuvo discípulos; del *escepticismo* de Sánchez y no de su escuela, por idéntico motivo; del *sensualismo* de Huarte, y no del *huartismo*; del *cartesianismo antecartesiano* de Gómez Pereira, y no del *pereirismo*. ¿Hablar del *racionalismo* del Sr. Perojo, es decir que el Sr. Perojo sea fundador del *racionalismo*?

Jamás hemos creído nueva la cuestión *platónico-aristotélica*, como supone el señor del Perojo, con la buena fe que acostumbra. Es la cuestión más vieja de la tierra; es, digámoslo así, la expresión más clara del *dualismo* en el pensamiento humano. Históricamente se ha presentado más de una vez, y seguirá presentándose hasta el fin del mundo: como que su resolución es el *desideratum* de la filosofía. Bessarion no es *superior*, sino *inferior*, tanto *inferior* á Fox Morcillo; Bessarion no trató de conciliar á Platón y Aristóteles; lo

que hizo fué defender á Platón de los ataques que en nombre de Aristóteles le dirigía Jorge Trapezuncio. Bessarion es *platónico* puro, y nada tiene que ver con Fox. Si el señor del Perojo insiste en esta cuestión, yo, que (aunque «erudito de lomos de libros») he leído, gracias á Dios, *de capo a fondo*, como dicen los italianos, las obras de Bessarion y las de Fox, le presentaré un paralelo entre ambas, y celebraré que le haga provecho, y le enseñe á andarse con un poco de tiento en juicios y decisiones.

Otro tanto digo de Gómez Pereira. Estamos hartos de saber que el *cogito* cartesiano es muy antiguo, como que es pura afirmación de conciencia; y no está ciertamente en el *cogito* la originalidad de Gómez Pereira, ni nadie podrá sostenerlo, so pena de confesar que no ha leído la *Antoniana Margarita*. No por el señor del Perojo, que es incurable, sino por lo que pueda conducir al mayor conocimiento de un libro de que tanto se ha hablado en todos tiempos y que tan pocos han llegado á ver, ofrezco á V. un artículo sobre él, y antes de mucho.

Que el *cogito* es el modo de salir de la duda cartesiana, y, por tanto, la base del cartesianismo y la causa principal de sus errores, no lo duda nadie que tenga ojos en la cara, ni lo dudó el obispo Huet, que sabía algo más que los redactores de la *Contemporánea*, aunque no había sido discípulo de Kuno Fischer.

Después nos da el señor del Perojo una muestra de su erudición peregrina, diciendo que

hemos omitido, entre los nombres de nuestros filósofos, dos «que están por cima de todos», á saber: «Raimundo Sabunde» y «Baltasar Gracián». ¡Pobre Sr. Perojo! Empiezo por advertir que R. Sabunde está citado en su lugar correspondiente, es decir, entre los lulianos, á quienes no sigue en el método, pero sí en el empeño de explicar racionalmente las verdades de la fe, de tal modo, que la *Teología Natural* puede considerarse como una ampliación del *Llibre dels articles de la Fe*. Á Baltasar Gracián no le he citado, ni debido citarle, porque no es escritor de filosofía. Es un literato agudo y singularísimo; un moralista delicado é ingenioso; pero no escribió de filosofía. El señor del Perojo le cita, sin duda, porque le tradujo al alemán Schopenhauer; pero esto es oír campanas, y no saber dónde. Los que hemos leído á Gracián en *castellano* podemos afirmar que de sus obras se saca bastante filosofía, aunque más práctica que teórica; pero también se saca de los poetas, y de los novelistas, y de otras cien castas de escritores que no son filósofos. *El Criticón* es una novela *alegórica*, filosófica en su base, y en algunos incidentes muy ingeniosa, pero no es un tratado de metafísica. Lo que predomina allí es la observación de costumbres y la crítica contemporánea. *El Héroe* y *El Discreto* son libros de moral; pero no de moral especulativa. *El Político* es un panegírico de Fernando el Católico. Y *El Oráculo Manual*, que es el traducido por Schopenhauer, sin duda porque es muy

oscuro y enmarañado, es sencillamente el que menos vale de todos los escritos de Gracián. Se reduce á una serie de máximas, algunas ingeniosas, otras notables sólo por lo enredado de la expresión. ¡Es curioso que estos señores alemanes, tan doctos y tan graves, vengán siempre á traducir y copiar lo *peor* ó menos bueno que dimos en nuestros siglos de oro! De citar á Gracián (y ahora que me acuerdo, creo que lo cité), ¡cuántos *moralistas* nuestros habría que enumerar!

Después dice que los filósofos alemanes del siglo xvi, especialmente Eckart¹ y el zapatero Boehme, valen más que los nuestros. Él sabrá por qué. Y luego dice otro tanto de los italianos, porque, ¡ya se ve!, los españoles hemos de ser siempre lo peor de la tierra. Con la particularidad de que cita malamente casi todos los nombres italianos, sin duda porque los aprendió en algún diccionario alemán, que, tratándose de cosas de Italia, es para un español la fuente inmediata y el camino más derecho. Así es que nos habla de un *Ficinius*, que será *Marsilio Ficino*, y de un *Gemistus* y un *Pleto*, que serán probablemente una sola persona, es á saber: *Gemisto Plethon*, el cual, entre paréntesis, no fué italiano, sino *griego*, y tampoco descubrió, que sepamos, la piedra filosofal. También mienta á un *Patritius*, que será, si no me equivoco, *Patrizzi* (Francisco). Y hasta al pobre Giordano Bruno, él, ó

¹ ¡El Maestro Eckart, que floreció en el siglo xiv, puesto entre los filósofos del siglo xvi!

el cajista, le llaman *Breno*, como si se tratase del jefe de los galos que asaltaron el Capitolio. Y también asegura que toda esta gente *existe* en Italia, cuando yo á ninguno de ellos he podido echar la vista encima. Será que *existieron*...

Todo aquello de los nombres á derecha é izquierda, es faramalla y afirmación sin pruebas. Demuestre el señor del Perojo que no son *escolásticos*, *peripatéticos clásicos*, etc., los que yo doy por tales, y habrá hecho una cosa útil. Al Sr. Revilla no le presenté nombres, sino agrupaciones, ninguna de las cuales ha destruido el Sr. Perojo, en medio de tanta prosa. Ni puse los nombres en el orden que el Sr. Perojo los pone. Ni ha notado el Sr. Perojo los verdaderos defectos de la clasificación. No ha advertido que Toledo no debía ir después de Suárez, porque escribió y murió antes; ni al salmantino Herrera se le puede llamar discípulo de Pedro Ramus, porque fué anterior en algunos años; ni Juan Montes de Oca está con propiedad entre los *aristotélicos puros*, sino entre los *averroístas mitigados*.

Éstos, que son verdaderos *lapsus* notados por mí ó por muy doctos amigos míos, tengo aquí especial gusto en corregirlos, como corregiría ciento que notase, porque *trovando è riprovando* es como se hace la historia de la ciencia. Con la particularidad de que casi siempre estas rectificaciones son á mayor honra y gloria de nuestra filosofía. ¿No es un gozo descubrir que Fernando de Córdoba no fué un simple discípulo de

Lulio, sino que excogitó una nueva doctrina lógica y ontológica, y esto en el siglo xv? ¿No he debido experimentar íntima satisfacción al ver en tres rancios y enredados manuscritos pruebas irrefragables de que Montes de Oca fué un pensador original é ingeniosísimo, contradictor en parte, y en parte secuaz de su comprofesor Pomponazzi, y al ver asimismo que aquel olvidado profesor nuestro planteó en 1523, á su modo, pero clarísimamente, el famoso problema del conocimiento con que nos vienen rompiendo la cabeza los admiradores de Kant? ¿No es gloria que la rebelión anti-aristotélica entre nosotros, el ataque en toda regla á las *formas substanciales*, iniciado con las *ocho levadas* de Herrera, preceda á la tentativa de Pedro Ramus?

De los yerros antes notados pudo haber sacado el señor del Perojo algún provecho; pero, lejos de parar mientes en ellos, fué á estrellarse contra la barrera, dando nada menos que en Vives. ¡Y cómo! Clama contra Forner y contra nosotros porque aplaudimos «todas las obras de Vives, sin reparar que las hay con dos tendencias opuestísimas». ¿Y cómo lo prueba? De ningún modo. Esa es una afirmación al aire, un *distingo* de los que se suelen hacer cuando hay empeño en darse tono y fingirse competentes en una materia dada; un medio como otro cualquiera de cazar moscas y de sorprender á los incautos.

El señor del Perojo nos dice con una *frescura* que verdaderamente asombra y que no sé ad-

mirar bastante : *El pensamiento de Vives tuvo dos periodos*, el primero *escolástico entusiasta*, el segundo *anti-escolástico y neo-platónico*.

No V., mi buen amigo, sino los que no están al tanto de los procedimientos polémicos de cierta escuela, se quedarán asombrados cuando yo diga que «no hay tales dos momentos», y que «el pensamiento de Vives tuvo siempre las mismas tendencias». Y las fechas van á cantar muy claro. La cronología de los tratados filosóficos de Vives es la siguiente :

1518. El opúsculo *De initiis, sectis et laudibus philosophiae*, en que hay elogios de Aristóteles y censuras para sus intérpretes latinos. Cosa breve y de poca monta.

1519. *In pseudo dialecticos liber*. Ataque virulento y terrible contra la *escolástica*.

Desde 1520 á 1531 estuvo trabajando Vives en las obras siguientes, todas las cuales dedicó en el año 31 al rey de Portugal :

De causis corruptarum artium. Libro lleno de ataques á la *escolástica* y á toda la filosofía antigua.

De tradendis disciplinis. Exposición de sus métodos, que nada tienen de *escolásticos* y están sazonados con nuevas invectivas.

De prima philosophia. Tratado de metafísica, nada *escolástico*.

De explanatione cujusque essentiae.—*De censura veri*.—*De instrumento probabilitatis*.—*De disputatione*. El último lleva la fecha de 1531, lo cual indica que fué el postrero que escribió Vives

para cerrar esta enciclopedia. Unidos los cuatro forman un curso de lógica, aristotélica en gran parte, pero no *escolástica*, y ajustada al plan que el autor había trazado en la obra *De tradendis disciplinis*.

1538. *De anima et vita*. Tratado de psicología. En el prefacio promete la obra siguiente, que vino á completar la serie de sus trabajos filosóficos, y ocupó los últimos años de su vida :

De veritate fidei christianae. Tiene alguna semejanza con la *Summa contra gentiles* de Santo Tomás, en la materia, no en la forma.

Ahora sería bien que el Sr. Perojo nos dijese cuáles fueron los libros en que Vives se mostró *escolástico fanático*. Entre los que andan impresos (y no se sabe que quede ninguno inédito), no he encontrado cosa alguna que justifique semejantes afirmaciones. Por tanto, Forner, Laverde y yo, «con pleno conocimiento de causa», hicimos bien en elogiar todas las obras filosóficas de Vives, porque *todas* forman un organismo coherente.

Tampoco es exacto que Vives, «en su segunda época», sea *neo-platónico*. Vives, en su *única época*, escribió algunas frases de «pronunciado sabor platónico», que citaré luego, pero no *neo-platónico*, que es cosa muy diversa. Ni constituye tampoco el *platonismo* la base de su sistema, pues al lado de esas frases, en el mismo tratado, encontramos otras de sabor absolutamente diverso.

El Sr. Perojo no se ha tomado la molestia de